

# **SOBRE LA SOCIOLOGÍA DE LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO**

**Friedrich Fürstenberg**

Traducción del alemán de Dorit Heike Gruhn

La situación actual de la política mundial constituye un reto especial para la sociología del conflicto. Por un lado, se trata del análisis del terror como medida de combate en conflictos que producen efectos a escala mundial y, por otro, del análisis de sus consecuencias, especialmente del empleo de la fuerza, en las sociedades afectadas. Precisamente en una situación caracterizada por peligros existenciales y, de esta manera, por una profunda consternación emocional, la capacidad de pensar analíticamente está puesta a prueba, porque aun cuando, en un primer tiempo, las metas alcanzables y los medios adecuados para lograrlas siguen siendo inciertos, las amenazas provocan una presión para actuar, según el lema: "As we had lost sight, we doubled our efforts". Bien puede suponerse que estas formas de comportamiento no contribuyen a solucionar los problemas y, por lo tanto, tienen que evitarse.

El terror como acto de violencia frente a personas y objetos ajenos al conflicto ha acompañado a la historia de la humanidad desde hace mucho tiempo, sobre todo como toma de rehenes. Tampoco es novedoso el terror como ataque simbólico a los centros de identificación del adversario. Recordemos al respecto, por ejemplo, a Guy Fawkes quien, el 5 de noviembre de 1605, intentó hacer saltar al Parlamento británico; acontecimiento que entró a la memoria colectiva como Guy Fawkes Day. Sin embargo, lo que sí es novedoso es el alcance logrado con el acto de violencia, resultado de la combinación de un uso logísticamente optimizado por expertos del potencial técnico disponible y de una disposición fanática de los acto-

res para sacrificarse. ¿Cómo se presenta entonces el terrorismo del presente que, incluso, está amenazando a una potencia mundial, desde la perspectiva sociológica?

#### EL TERROR COMO MEDIO DE COMBATE EN EL CONFLICTO ENTRE LAS CULTURAS

Las acciones de terroristas que, según todos los criterios del estado de derecho y de la convención de los derechos humanos, son extremadamente criminales, no pueden, sin embargo, ser consideradas como acciones de enfermos mentales que tratan de hacer realidad sus delirios. La formación, el programa y la disposición de grupos terroristas no dependen únicamente de perfiles de personalidad, sino de la socialización que los fundamenta, así como de las condiciones socioestructurales de la activación de estos grupos. A menudo, la intensificación de las tendencias de globalización fomentadas por la economía y la técnica se encuentra en contradicción con las normas y valores que forman la identidad de las personas dentro de límites regionales, y como resultado encontramos en creciente medida una componente cultural en los conflictos sociales, sobre todo en aquéllos con un alcance internacional.

Con esto llegamos al análisis de la situación actual en los núcleos regionales del terrorismo. Ante el proceso de modernización, en aquellas regiones la identidad sociocultural de partes importantes de la población ha llegado a ser tan cuestionable como su capacidad de autoconfirmación y de vivir de acuerdo con los estándares socioculturales vigentes hasta la fecha. De este modo se dan síntomas de extranjerización como nueva forma de colonialismo. El sentimiento de anomia que de esto resulta puede llevar a la búsqueda de una salida en forma de rebelión, tal como lo ha demostrado Richard Merton en una conocida tipología. A fin de justificar la resistencia, especialmente cuando tiene una intención de violencia, algunos valores reconocidos pero violados en la realidad son puestos como absolutos, por lo que cualquier medio parece justificado para restablecerlos. De esta manera nace el radicalismo fundamentalista como base del terrorismo.

Para reclutar y capacitar a grupos militantes y disponer de ellos de

una manera encausada, incluso como comandos suicidas, se requiere, sin embargo, de una transformación decisiva. Ésta se produce con la suposición o también con la experiencia de que los medios habituales para resolver conflictos han llegado a ser inútiles, incluyendo a los medios de combate político, que todavía son sancionados culturalmente. Efectivamente, como lo muestra el ejemplo de la sublevación judía bajo Bar Kochbar en la antigüedad, la resistencia militar contra una fuerza superior termina en un suicidio colectivo, ocurrido en este caso en el cerro de Masadá. Bajo las condiciones del empleo de la técnica moderna, la guerra convencional se ha vuelto obsoleta. El partido en conflicto con armamento insuficiente, ni siquiera tiene la oportunidad de una lucha abierta. Literalmente es hecho polvo antes de que haya podido ver la cara del adversario. Lo que queda son la guerra de guerrilla y los ataques terroristas; teniendo en cuenta el estado de cosas aquí descrito, éstos tienen que ser identificados como una nueva manera de hacer guerra.

Pero la guerra siempre tiene que ser considerada también como un extremo de las relaciones sociales. Donde el adversario no puede ser aniquilado, a fin de cuentas se tienen que encontrar nuevos modelos de cooperación, comprometiendo el simple ejercicio de la violencia nuevamente con normas aceptadas. Tenemos numerosos ejemplos de la historia reciente de personas que primero fueron clasificadas como terroristas por el grupo en el poder y, más tarde, han sido reconocidas como hombres de Estado, como por ejemplo, combatientes independentistas irlandeses, el israelí Menachem Begin o Yomo Kenyatta de Kenia. Sin embargo, esto no es de esperarse después de haber llevado a cabo un asesinato en masa. Además, según las experiencias que se tienen al respecto, el terrorismo no se acaba con la eliminación física de sus representantes militantes, sino con el establecimiento de un orden que cumple con las exigencias mínimas de los simpatizantes del terrorismo, si bien durante la fase de combate esto sólo es visto como "secar el pantano".

Este entendimiento es prácticamente irrefutable. Es especialmente válido cuando los terroristas y sus opositores pertenecen a culturas diferentes y, por consiguiente, se dirigen a un público cuyas ideas y reacciones difícilmente pueden ser entendidas por el partido adversario. Pero de ello

resultan consecuencias importantes para la lucha contra el terrorismo la que, en caso de tener éxito, provoca transformaciones estructurales persistentes en las relaciones sociales.

#### LAS CONSECUENCIAS DEL TERRORISMO

La estrategia empleada actualmente por los Estados Unidos consiste en trazar una frontera clara entre, por un lado, los terroristas hipercriminales y sus patrocinadores y, por el otro, la población pasiva en la zona de operación. Se supone que las medidas de combate deben aniquilar sólo al adversario y, por lo demás, incluso deben contribuir a la creación de condiciones de vida dignas para la población. Pero esto no es tan fácil de realizar. Un pequeño grupo de terroristas activos con una red operando a nivel mundial difícilmente puede ser eliminado con el empleo masivo de un armamento de punta en toda un área. Si se busca debilitar o, incluso, aniquilar el poder que los protege, esto significa un cambio de la táctica de guerra por la eliminación de las tropas terrestres del adversario, lo que no es posible sin interferir sensiblemente y hasta destruir la infraestructura. Pero de ella dependen también las posibilidades de vida de la población. Las condiciones en Chechenia permiten completamente hacerse una idea del panorama desolador que, desde la perspectiva de la población civil, deja la destrucción del potencial de combate del adversario (ni siquiera lograda por completo). En todo caso la población civil es la víctima de las actividades de guerra, sea de manera directa o indirecta. Yo personalmente he sobrevivido al fin de la Segunda Guerra Mundial cuando tenía 15 años, y tengo un vivo recuerdo de la destrucción de las ciudades y de la vida posterior. Las acciones masivas de destrucción bélica provocan grandes sufrimientos en personas ajenas al conflicto, lo que —con toda la razón— es resentido como inadecuado y, acaso, después de grandes rodeos, llevan a la edificación de un orden percibido como justo. Por lo tanto se tiene que rechazar la guerra de una superpotencia como medida de represalia, especialmente cuando va dirigida contra un país en vías de desarrollo con una capacidad de defensa meramente convencional. Una guerra así tiene que desaprobarse no sólo por razones de ética sino sobre todo

también por razones de lógica. No lleva al resultado deseado, sino a problemas que de ella resultan y que posiblemente superarán por mucho el daño ocasionado originalmente por los terroristas.

Por lo pronto, la exhibición del potencial de destrucción de la superpotencia lleva, tal vez, a la intimidación, pero seguramente también a una reacción emocional, porque se está demostrando lo desproporcionado de los medios. El recurrir a la violencia para luchar contra el terrorismo debería tocar realmente a los autores de la violencia y a sus cómplices responsables, y no indiferentemente a pueblos y etnias enteros; porque esto tiene consecuencias a largo plazo, también para aquellos que no se encuentran de manera directa, involucrados. Influye al respecto el hecho que el llamado "mundo occidental" ya de por sí es visto en muchos países como usufructuario de la pobreza de las naciones materialmente menos favorecidas. Además, estos últimos con frecuencia están gobernados por una élite poscolonial, alienada de su propia cultura. Así va madurando un potencial de protesta que precisamente también en estos países puede llevar a una desestabilización, en especial cuando se trata de naciones étnica o religiosamente emparentadas. Lo que esto podría significar no sólo para el Cercano y Medio Oriente, sino para la totalidad del mundo, en particular para sus relaciones de intercambio, es apenas imaginable en todas sus terribles dimensiones. En todo caso, este entendimiento de ninguna manera se desprende de la perspectiva predominante en lo que se refiere a la estrategia militar. Una guerra de muchos años que, tal vez, involucre todavía a otros países, no puede considerarse una alternativa de respuesta sensata a los ataques terroristas de Nueva York y a lo que posiblemente todavía está por venir.

Así llegamos a una segunda reflexión. Aun si se lograra con la guerra liberar a un país de terroristas, en este caso a Afganistán, esto no significa que se acabe el terrorismo que la motivó. La red continuamente mundial del terrorismo sigue recibiendo alimento de la miseria que perdura. Teniendo en cuenta la alta vulnerabilidad de las vías de comunicación y de abastecimiento, sumamente diferenciadas, así como la difusión posible a nivel global de materias tóxicas, siempre existen nuevos puntos de ataque. Esto no se puede remediar con medidas militares; pero si todo se

quiere controlar de manera estricta, la evolución de la “sociedad civil” queda tan sólo como un sueño bonito. Desgraciadamente, Israel es un ejemplo desalentador al respecto. Más bien es de suponerse que se expandan “epidemias sociales”, como las que conocemos de la época de la Guerra Fría, con muchas sospechas injustificadas y la búsqueda incansable de chivos expiatorios.

#### LAS OPORTUNIDADES PARA UNA MANERA HUMANA DE RESTRINGIR LOS DAÑOS

Tal vez el mayor peligro proviene de la histeria masiva, fácil de difundir en una sociedad por los medios de masas, porque ella enturbia la razón autocrítica, imprescindible para evaluar estrategias alternativas. Con relación a los ataques terroristas en los Estados Unidos, resulta peligrosa, por ejemplo, la repetida afirmación de que “ahora todo ha cambiado”. Justamente en ese país ha existido desde antes un clima virtual de violencia, con sus frecuentes crímenes violentos y escenarios de horror con a veces hasta docenas de vidas humanas perdidas y que, además, son divulgados continuamente por los medios de masas con fines de entretenimiento. Pero, por otro lado, la realidad de vida de la población ha sido pacífica y ordenada porque así lo quería la aplastante mayoría. ¿Por qué debería cambiar súbitamente esta base de la cultura americana?

Primero debemos de comprender un hecho lamentable: el terrorismo es la expresión de tensiones en el proceso continuo de modernización con dimensiones globales y, de esta manera, un factor de riesgo de la sociedad moderna. Tenemos que aprender a vivir con la posibilidad de esta forma extrema de conflictos sociales, así como vivimos con otros riesgos fundamentales, lo que no excluye que luchemos contra ellos de la manera más decidida. Al respecto hay que pensar sobre todo en medidas de seguridad, mientras éstas se queden dentro del marco de una forma de vida socioculturalmente justificable, en especial, dentro del marco del estado de derecho. Sin embargo, no ofrecen una seguridad absoluta, como tampoco el tránsito en las calles puede hacerse libre de accidentes, ni se pueden reconocer de antemano locos homicidas en un grupo de alumnos de escuela.

Es además importante abstenerse de modos de comportamiento que

desequilibran o, incluso, destruyen la identidad de nuestros prójimos (en la familia, en las organizaciones o en la vida pública, y principalmente, en las oficinas de Estado). El desarrollo de actitudes humanas que ayudan a preservar el valor y la dignidad de los demás, también en vista de su diferencia, es de suma importancia. El derecho a la autodeterminación del individuo dentro del marco de los derechos humanos debería valer también para etnias, pueblos y Estados enteros. En este contexto, la frase célebre de Benito Juárez: “Entre los individuos como las naciones el respeto al derecho ajeno es la paz”, una y otra vez recobra actualidad.

Ahora bien, aquí se genera un problema por la gran dependencia de la vida moderna de mecanismos y procesos que se controlan a sí mismos. Todos somos dependientes del sistema, por lo menos en algunos aspectos específicos, lo cual, ha garantizado hasta la fecha la seguridad interna del sistema pero, además, nos hace ciegos frente a un mundo entorno, que siempre también es un mundo compartido. A éste pertenece, sin duda, el sistema del comercio internacional, fundamentado sobre la competencia de la economía del mercado. Sin embargo, este concepto ideal se encuentra limitado de manera esencial debido a que los *terms of trade* no son tanto el resultado de una competencia libre, sino de posiciones de poder. Por consiguiente, no se ha logrado en las últimas décadas –seguramente también por otras razones más– cerrar el abismo entre los países ricos y los países pobres. Quien busca asegurar la paz a largo plazo, tiene que poner en marcha generosamente programas de autoayuda, basados en acuerdos multilaterales. Pero para esto se requiere de colaboradores, es decir de élites en los países desfavorecidos dispuestos a trabajar para el progreso. Tales condiciones no pueden crearse de manera fácil ni rápida, pero en un primer tiempo lo que importa es moverse en el buen sentido. El camino exitoso del Occidente es seguramente impresionante y, en muchos sentidos, digno de considerarse, pero nunca puede ser la medida de todas las cosas. Esto sugiere de nuevo el respeto a otras culturas, lo cual, de ninguna manera, significa disimular sus debilidades detrás de bellos discursos.

No debemos ignorar que el desarrollo alcanzado hasta la fecha ha llevado también a éxitos notables, es decir, que la situación actual, caracterizada por la extensión del comercio mundial, no es por completo cuestionable

y sin esperanza. Con mayor razón, debería ser posible que en los grandes centros de conflictos no sólo se emplee el poder de amenaza y de destrucción, sino que por lo menos se demuestre suficiente sentido común (*common sense*), para que en todas partes del mundo las vidas humanas se protejan y no se pongan en peligro.

Las actuales zonas de conflictos políticos siempre abarcan una dimensión sociocultural. Por lo tanto se habla una y otra vez de la guerra de las ideologías e, incluso, de la guerra de las culturas y, de esta manera, se produce un clima de cruzada secular. Ante los efectos desastrosos de una clasificación del adversario como la encarnación del mal absoluto y de la inferioridad —como los conocemos por la historia— la divulgación de tales opiniones es sumamente irresponsable. Quien sigue aquí el ejemplo del adversario, pierde la superioridad moral que tenía al principio.

Cuando se trata de la imposición de intereses, la estrategia para alcanzar el objetivo es, después de todo, la búsqueda de un compromiso. Cuando se trata de conflictos de valores, la meta a perseguir es el respeto mutuo y el reconocimiento recíproco como base de un diálogo permanente. Por eso el aprendizaje intercultural, cuya meta es la comunicación y la renuncia a la violencia, nunca ha sido tan importante como hoy. De lo contrario, conceptos que enfocan “la comunidad de los pueblos”, “la cultura mundial” o “los derechos humanos” sólo servirán para disimular por poco tiempo más la decadencia general de una comunicación llena de sentido.